

Queridos hermanos y hermanas:

Con vosotros celebré la Acción de gracias por la vida y el testimonio de Juan Pablo II, de santa memoria.

Con vosotros también vuelvo a celebrar la Acción de gracias por el nuevo Papa Benedicto XVI, que se presenta ante nosotros como "humilde y sencillo trabajador en la viña del Señor, después de aquel gran Papa Juan Pablo II". Ésas fueron sus primeras palabras, y el encomendarse a nuestras oraciones con la confesión firme de que Dios es capaz de realizar su obra con medios insuficientes. Y, contando con la cercanía de María, nos invita a caminar decididos, sin duda por el camino abierto por el Concilio y ampliamente recorrido y sembrado por el Papa Juan Pablo II.

Os invito de corazón a dar gracias a Dios por lo que significa para la Iglesia el ministerio y el servicio de Pedro, asegurado por sus sucesores. Y a dar gracias por la persona que hoy, para nosotros, lo encarna.

1.- Tengo que recordar, en primer lugar, la escena de Cesarea de Filipo, que se ha proclamado: "*¿Quién decís que soy yo?*", preguntó Jesús. La respuesta de Pedro, movido por el Padre, fue rotunda y clara: "*Tú eres el Mesías, Tú eres el Hijo de Dios vivo*". El diálogo siguió con la impresionante afirmación de Jesús, que nos llena con la seguridad entrañada en su palabra y su promesa sin restricciones: "*Yo te digo que tú eres Pedro, y, sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, te daré las llaves del Reino y el poder del infierno no podrá contra ella*" (Cf Mt 16, 13-19).

Este es el servicio de Pedro, que se prolonga en la sucesión ininterrumpida de su sede en Roma: Sobre la piedra angular y cimiento necesario, que es Cristo, se asienta segura la piedra, que es Pedro. Y, sobre Pedro, descansa el edificio hermoso de la Iglesia.

Pedro es seguridad. Pedro es consistencia contra las potencias del mal. Pedro es unidad. La unidad querida con insistencia por Jesús. Unidad entre nosotros, los católicos, y la desaparición de las sospechas, descalificaciones y disensiones. Unidad fuertemente expresada por el Papa Benedicto XVI con las Iglesias que creen en el Señor Jesús. "Ahora la red se ha roto", acaba de comentar el Papa, con dolor y también con esperanza. Es el arduo y necesario camino del ecumenismo, en el que tantos pasos se han dado, y que en este mes ha hecho nacer tan fuertes testimonios, también entre nosotros, en Alicante. Hoy esta piedra, para nosotros, se llama Benedicto XVI. Este es el servicio necesario del Papa.

2.- Un segundo momento de suma importancia he de hacer presente en esta Eucaristía, en que agradecemos conscientemente el servicio de Pedro, encarnado en nuestro Papa.

Esta vez es S. Lucas. Fue en la tarde de Jueves Santo, después de la institución de la Eucaristía. El Señor en su conversación le dirige a Pedro palabras que él no entiende y que más tarde comprenderá: *“¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos!”* (Lc 22,32).

Las palabras de Jesús no ocultan que la fuerza y solidez de la piedra, que es Pedro, no está en Pedro. Se le anuncia con claridad una tremenda claudicación. La piedra será compacta porque cuenta con la oración de Cristo y en Él se consolida. Y, al mismo tiempo, a Pedro le da un encargo serio: *¡Confirma a los hermanos!*. Lo hará con todas sus fuerzas Pedro, el convertido. De Pedro esperarán la palabra los judíos y los gentiles. Él, el primero, abrirá el balcón del Cenáculo y dará a Jerusalén y al mundo entero la gran noticia de la Resurrección de Jesús, y será como la primera bendición “urbi et orbi”. El Espíritu lo llenó de coraje y de fuego. Ya no es hombre de miedos.

Confirmar a los hermanos es encargo que ha recibido el Papa Benedicto XVI, que se declara humilde trabajador y siervo de insuficientes recursos. A Pablo le dio la mano Pedro en señal de aprobación. Esa es también tarea del servicio de Pedro.

En un ambiente de ambigüedades y desilusiones, de relativismo y cansancio, de desafección y crítica, de reduccionismos o adulteraciones del mensaje, nos ensanchan el corazón las palabras de Jesús: *“¡Confirma a los hermanos!”*. Acércate a los hermanos. Ofréceles tu mano y tu aliento. Y lo ha hecho ya con múltiples testimonios nuestro Santo Padre Benedicto XVI .

3.- He de referirme a un tercer momento, en el Evangelio de San Juan. Fue en Pascua, después de la Resurrección, en una mañana, al amanecer sobre el lago de Genesaret. Toda una noche perdida. El fracaso de unos pescadores bien conocedores de la zona norte de ese lago. Otra vez la debilidad del hombre. “¿No veis un banco de peces, lamiendo la popa de la barca?” Ciento cincuenta y tres peces grandes, lo ha recordado el Papa preciosamente en la homilía del domingo pasado. Al llegar a la playa, para descansar, un almuerzo. Y otro diálogo con Pedro. Diálogo con testigos. Quien pregunta a Pedro es Cristo: *“Simón de Juan, ¿me quieres? Por tres veces. “Te quiero”, responde Pedro. “Sabes que te quiero”* (Cf. Jn 21, 15-17)

Y por tres veces, oyen todos los presentes, -eran seis, además de ellos dos-, el encargo a Pedro. *“Apacienta mi rebaño, apacienta mis ovejas y corderos”*. No le entrega la titularidad del rebaño, sino que le entrega su cayado, y lo pone en sus manos. Y éste será el tercer servicio de Pedro.

Conocer el rebaño de Cristo, sacarlo afuera, ir delante, buscar que se haga un solo rebaño bajo un solo pastor, llevar a la espalda la oveja perdida, a toda la humanidad. Y la condición, para ello, es que ame a Cristo, que le siga hasta dar la vida. ‘Sígueme hasta despojarte de ti mismo’, fue la tercera vocación de Pedro, para servir con la vida propia al rebaño. De esta tarea de pastor ha hecho el Papa afirmaciones emocionadas en su homilía del domingo pasado. “Apacentar, afirmaba, quiere decir amar”.

Jesús pensó a Pedro como un servidor de la Iglesia suya, una Iglesia que es entera para la humanidad. Que es entera para esta humanidad, que acaba de iniciar el Tercer Milenio con sombras densas y con esperanzas ciertas y firmes. Porque debajo del servicio de Pedro está Jesucristo, Redentor del hombre, Señor inmortal y glorioso, que nos amó hasta el extremo. Y, por eso, “nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres”. Es el servicio de la Iglesia y es la razón de su existir.

Entendéis que es deber nuestro, que es justo y necesario dar gracias a Dios Padre, a Jesucristo, el Señor, al Espíritu Defensor, por el servicio de Pedro. El que ame de corazón a la Iglesia reconocerá este servicio petrino, que le dará seguridad. Necesitará vivir en comunión, sentir con él, como vivían los primeros cristianos. Tendrá coraje. Saldrá a la calle. Ofrecerá el testimonio de un amor sincero a los hombres, aunque ellos puedan taparse los oídos, o le nieguen la mano o el diálogo, o incluso, cuando el pastor experimente el rechazo abierto.

La comunión con Pedro la han vivido todas las comunidades, los santos en dos mil años. Y también la gente sencilla que se reunió a millares en la plaza de S. Pedro y en todas las Iglesia católicas del mundo. Es más, hemos de agradecer los testimonios sinceros de tantos hermanos cristianos, no católicos. Y, entre nosotros, en Alicante, como he dicho ese testimonio se ha repetido y lo agradezco.

¿Se evaporará la fuerte experiencia eclesial que todos hemos vivido? Pensar en Pedro es amar a la Iglesia. Amarla hoy. Amarla aquí. Amarla con fuerza. El Papa Juan XXIII nos la describió con dos palabras luminosas: “*Madre y Maestra*”. Eso es para un creyente la Iglesia, que descansa sobre Pedro. Hoy es día de sentir con verdad lo que somos: La Iglesia de Jesús, que guarda Pedro. “Una Iglesia, que está viva, porque Cristo Resucitado está vivo. Una Iglesia, que está viva y nosotros lo vemos”.

4.- Me queda invitaros a dar gracias sin reservas por la persona concreta a quien Jesús, el Señor, el Espíritu Santo y el Padre le han confiado su Iglesia. Es nuestro Papa Benedicto XVI.

Me duele que haya habido por parte de sectores, también entre nosotros, un empeño pertinaz de manchar su vida, de empañar su trayectoria, de sembrar la sospecha.

Es nuestro Papa. Eso me dice la fe. Y sabemos que el Señor está con él y que, como ha dicho, ha notado sobre su mano la mano cálida y los ojos sonrientes del Papa Juan Pablo II, que le decía ¡No tengas miedo!. “No estamos solos” nos ha repetido. “No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, no podría soportar yo solo”.

Conocemos su extraordinaria preparación. El Señor lo ha preparado también con la cercanía del Papa Juan Pablo. Pocos conocen como él la Iglesia y el mundo actual y el saber dialogar con él. Pero lo que ensancha nuestro afecto a él es su fe honda, su humildad, su amor a la verdad, que él escribe con mayúscula, y que es Cristo, lo que nos hace vivir la comunión es que con él está Jesucristo.

Conocemos su extraordinario amor a la humanidad. Lo ha aprendido de Cristo que no puede abandonar a esa humanidad. “En ella se han multiplicado los desiertos exteriores, porque se han extendido los desiertos interiores”.

En sus primeras palabras se encomendó con confianza a nuestras oraciones. Nos las pidió también el domingo, y nos pedía además indulgencia, amor, esperanza y fe. Eso hacemos esta tarde y en todas las Eucaristías. Oramos y oraremos por nuestro Santo Padre.

Él se encomendó también desde el primer momento al cariño de Nuestra Señora. Y nosotros recordamos su nombre ante Ella. Y con cada santo pedimos: “Tu illum adiuva”. Ayúdale.

Hermanos: Amemos la Iglesia. Hoy y siempre, rezaremos por Pedro, por Benedicto XVI que nos preside en la caridad. Cuenta ya con nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante, Santo Padre, Benedicto XVI.

27. 29, abril, 2005

+ *Francis*